

ARTES PLASTICAS

JUAN SORIANO

Por Elena PONIATOWSKA

JUAN SORIANO dibujaba niñas con palomas muertas, niñas lavándose las manos, niñas regocijadas bajando las escaleras, follajes verdes y perfiles flacos y lánguidos, retratos finos y retratos poéticos, y todo se vendía como pan recién salido del horno. ¿Por qué dejar, entonces, tan honorable carrera?

El pintor había encontrado soluciones estéticas que satisfacían a su público, y de repente se resolvió a perderlas. Fue como volver hacia atrás, como volver a no saber nada. Juan Soriano comenzó a moverse dentro de la nulidad para emerger con un grueso pincel que da anchos rayones y abruptos brochazos. Ha olvidado por completo las pequeñísimas pinceladas con que retocaba por enésima vez el ala de una paloma.

Hay pintores que buscan lo desconocido. Juan Soriano es uno de ellos. Va hacia lo imprevisible y nos da formas portadoras de misterio. En la pintura actual de Soriano, hay un alto grado de magia, y quizá una voluntad encarnecida de éxtasis.

El miedo a la impostura en la pintura abstracta, hace que los espectadores se cierren a la comunicación. No se dan cuenta de que los cuadros colgados en la pared son fenómenos inesperados y aislados. Para muchos el abstraccionismo es el arte más impenetrable y más inhumano que pueda existir, porque siempre ofrece la posibilidad del engaño. ¡Y a nadie le gusta sentirse engañado! Sin embargo, los señores jueces del Salón de Invierno de 1957, que cada año organiza el Salón de la Plástica Mexicana: Raúl Flores Guerrero, Jorge Juan Crespo de la Serna, Enrique Gual y Guillermo Lemus, le dieron el premio a Juan Soriano, por "El Pez". Es la primera vez que los jurados oficiales reconocen una pintura que no es académica, y los asistentes al acto de entrega, bien pueden decir, presenciaron el nacimiento de la nueva pintura mexicana.

Cuando entrevisté a Siqueiros —hace algún tiempo— me dijo que Tamayo y Soriano estaban dentro de una tendencia sin salida, que agoniza, algo así como el fin de una raza... Ahora, le pregunto a Juan Soriano, si se siente tan individualista y tan fuera de la vida real como lo piensa Siqueiros:

—El arte de Siqueiros es tan individualista como el mío, con todos sus complejos, sus conflictos, sus creencias...

—Pero ¿qué no crees, Juanito, que en la pintura de Siqueiros pueden participar muchas más gentes que en la tuya?

—Los que están cerca de Siqueiros están cerca de su obra. Siqueiros se limita a un país: México. Y a una idea política. A mí me interesan ideas mucho más amplias.

—¿No te interesa la política?

—Francamente no. Creo además que en México es muy difícil hacer nada en la política, y mucho menos por la política. ¡De todos modos anda por los suelos!

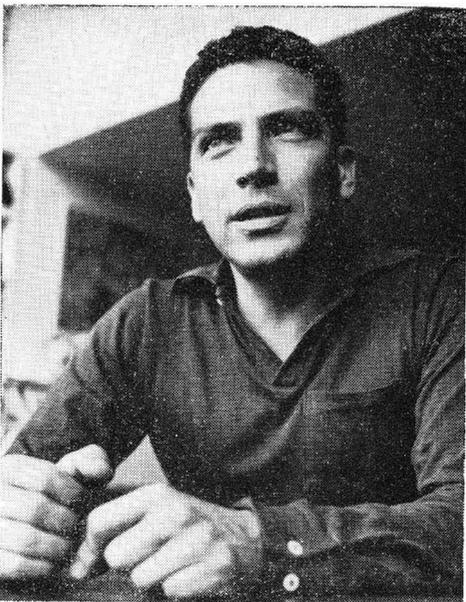
—Volvamos al tema de la pintura. Tú, ¿para quién pintas? Siqueiros dice que pinta para el pueblo, para las grandes masas...

—Yo nunca pinto para nadie. Pinto para mí, porque tengo la necesidad de pintar. Y Siqueiros también pinta para él mismo... En términos generales, el pintor es su circunstancia temporal, y creo que las circunstancias de Siqueiros son muy diferentes a las mías. Siqueiros quiere hacer una pintura fuertemente nacionalista, "telúrica". Yo tengo la ambición, y la he tenido siempre, de ser universal.

—Pero, del *oficio* de Siqueiros ¿qué opinas?

—Encuentro que el arte de Siqueiros es excelente, porque lo expresa a él.

—Hace un momento dijiste en un tono despectivo que la pintura de Siqueiros era "nacionalista". ¿No crees, entonces, en la pintura nacionalista?



—Foto Juan Rulfo
J. Soriano— "no pinto para nadie"



"pintaba niñas con palomas muertas"

—Lo único que me separaría de cualquier medio de expresión es el no estar capacitado para entenderlo.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con la obra "realista" de Siqueiros?

—¡No, hombre! ¿Cómo voy a estarlo? Creo que es perfectamente inútil. La respeto, claro está, así como respeto la actividad de cualquier hombre sobre la tierra; pero creo que lo que emprenden los pintores "socialistas" en México no tiene sentido. Es absurdo darle un arte plástico a un pueblo que ya tiene un arte pictórico propio, un arte popular mucho más valioso que la obra de cualquiera de los "Tres Grandes".

—Pero, Juan, los mexicanos no tenían conciencia del valor de su arte hasta que Orozco, Rivera y Siqueiros, no los pintaron en sus murales. Ellos no se daban cuenta de lo bello que eran sus proporciones personales, sus ojos rasgados, sus trenzas, sus cántaros de barro, su juguetes y figuritas de azúcar, hasta que los pintores no los seleccionaron y los enaltecieron al ponerlos en sus murales. ¡Los indios se sintieron por fin "reconocidos"!

—Mira, Elena, ¡esas son marihuanas! Eso de que solamente puedes encontrar lo que eres a través del arte es una estupidez. Esos murales son una especie de cebo para atraer a los turistas. Son idénticos a los grandes carteles de las agencias de viaje: *Visit Mexico*. Además, esos murales no revelan nada. Son crónica y no creación poética. Diego Rivera hizo un arte completamente burocrático. Se convirtió en un propagandista de la revolución triunfante...

—Bueno, Juanito, pero tú no puedes negar que Diego haya pintado en un lenguaje que todos entienden...

—Justamente, le reprocho el haber prostituido completamente el lenguaje pictórico, rebajándolo casi a la caricatura, a lo vulgar. Porque, fíjate, la caricatura es creación de la época burguesa. Antes no existía.

—Entonces, para ti Diego Rivera es un burgués que hacía pintura con sentido social. ¿No crees en la pintura con sentido social?

—Creo que cualquier pintura tiene un sentido social, puesto que está hecha por un hombre que vive dentro de la sociedad. ¡Mira a Picasso, Elena! ¿A poco se ha preocupado por *el mensaje*? Y, sin embargo, ¡lo conocen hasta los ciegos! ¡Y qué discípulos, y qué escuela ha hecho Picasso!

—Pero no puedes negar que Orozco, Rivera y Siqueiros han participado profundamente en la vida del país, en la historia de México... Son rebeldes, protestan contra las injusticias...

—Su rebeldía es relativa y tiene que ver mucho más con la auto-publicidad y la auto-propaganda, que con otra cosa. Mira, Elena, yo nunca he visto que pinten un mural en contra de las injusticias sociales de la actualidad. Siempre han hecho metáforas y han retratado hasta el cansancio (como si todos poseyeran la misma negativa de una fotografía ya usada) las maldades de los españoles en tiempos de la conquista. Pintan todo aquello que "ya pasó y que no los compromete". ¿A que no pintan nada en contra del gobierno actual? ¿A que no?

—No sé. Pero, últimamente, dos grabadores del Taller de la Gráfica Popular;

Beltrán y Mexiac ayudaron con dibujos y grabados a los pobrecitos maestros que dormían en los patios de la Secretaría de Educación...

—¡Pero eso no tiene nada que ver con el arte, Elena, por Dios!

—¡Bueno, bueno, no te enojas! ¿Por qué dijiste hace un rato que los "Tres Grandes" habían prostituido el lenguaje pictórico?

—Porque le han puesto al pueblo malos libros de texto entre las manos.

—Pero, si el pueblo ni siquiera sabe leer. ¡Y, además, estamos hablando de pintura!

—Por eso mismo te digo. En vez de enseñarle a leer con grandes poemas, le muestran los últimos crímenes, la tan llevada y traída revolución, y dale y dale con los horrores y las injusticias de la Conquista. Para pintar la libertad, dibujan una señora con las cadenas rotas, y Braque da más idea de la libertad al pintar una paloma que vuela...

—¿Y Siqueiros?

—Me parece muy bien que Siqueiros pinte a una señora académica con cadenas rotas, si hace un gran cuadro, pero Siqueiros que tanto habla de la libertad no deja que los demás pintores pinten como quieran...

—¡No tiene nada que ver una cosa con la otra! ¿Por qué dices eso? ¿Porque Siqueiros afirmó que no tenías salida?

—No. Pero ninguno de los "Tres Grandes" ha sido generoso. Orozco fue a la Galería de Inés Amor y le pidió que retirara un cuadro mío... "¡Si no quitas ese cuadro, Inés, yo me salgo!" ¿Te parece generoso? Los pintores sociales o socialistas —como quieras llamarles— tienen la actitud del moralista, del redentor. Siempre están tratando de decirles a los demás lo que tienen que hacer. Sus pretensiones morales son tan grandes, que yo no sé a qué horas descansan, y son hombres comunes y corrientes. Piensan sinceramente que van a crear una revolución con cada cuadro que exhiben, y que cada pincelada provocará la caída del mundo capitalista. ¡Además, yo no me atrevería jamás a tener la opinión que ellos tienen del pueblo!

—¿Qué opinión?

—Siempre hablan del pueblo como si se tratara de una manada de borregos a los que hay que enseñarles las cosas de una manera *muy primaria*, porque tienen poca fe en la inteligencia de ese pueblo que tanto defienden...

—Bueno, Juan, pero no puedes negar que el pueblo no sabe leer...

—¿Otra vez la misma objeción? ¡Qué importa que no sepa leer! ¡Sabe sentir! ¿Por qué tienen los pintores mexicanos esta actitud de superioridad? Para mí lo ideal sería vivir en una ciudad de individuos, no de borregos. ¿Con qué derecho se sienten profetas, Rivera y Siqueiros? Además, fueron profetas impuros e interesados. Puedo asegurarte que cada vez que Siqueiros inicia un nuevo cuadro, piensa: "Cada pincelada que doy es una inversión". "¿Estaré haciendo una obra muy mexicana?" "¿Estaré dando una lección de sociología?" "¿Tendré pingües ganancias?" "¿Habré destacado lo bastante *mi mensaje*?" Sinceramente, Elena, ¿tú crees que se pueda hacer una obra de arte en estas condiciones? ¿No te indigna el procedimiento de los llamados "Tres Grandes"? Para mí, la pintura es una cosa



"produce una emoción sencilla."

tan espontánea, tan radicalmente pura, que el *fabricarla* así me parece un crimen. Veo el mundo de la pintura tan vasto de formas y de colores que nunca me atrevería a limitarlo. El mundo de la pintura me parece casi tan extenso como el de la música, y su belleza es quizá mucho mayor que el de la música. Por eso creo que limitar a la pintura es empobrecerla.

—¿Limitarla?

—Sí. Limitarla como lo han hecho Rivera y Siqueiros. La han reducido a contar la historia de cualquier caudillo de una manera simplista y con formas académicas y gastadas. ¿No crees que la han empobrecido, que la han burocratizado? Además, lo que ellos hacen es aburridísimo.

—Aburrido ¿para el que pinta o para el espectador?

—Para los dos. Estoy seguro de que Siqueiros se la pasa bostezando. En cuanto a los grandes murales, no me interesan. Me aburren profundamente.

—¿Qué es lo que te produce admiración, entonces?

—Estoy agradecidísimo por el mundo que nos dio Miró, por ejemplo. Un arte mágico, total, en que se ve al hombre profundamente, al hombre de todos los siglos, a través del pasado y para el futuro...

—Pero, ¿ese hombre es intemporal?

—Sí, claro. El hombre sin tiempo, y por eso mismo, el que pertenece a todos los tiempos y a todos los países.

—¿Tú, no quisieras tener nacionalidad?

—No me importa mi nacionalidad. Puedo asegurarte que no la llevo a *cuestas*, ni tampoco me acuerdo a diario de que soy mexicano...

—Pero, ¿te gusta ser mexicano?

—¡Claro que me gusta! Lo soy sin ninguna dificultad y sin preocupaciones. Pero no me molestaría en lo más mínimo pertenecer a otro país.

—Entonces, cuando pintas, ¿no consideras que estás haciendo una obra mexi-

cana? ¿No piensas que contribuyes en alguna forma a fortalecer la revolución en el país?

(Juan Soriano se ríe.)

—Para mí, la única revolución importante es *la del gusto*. Fíjate, Elena, también en el gusto hubo cánones que hicieron los alemanes. Había leyes, cláusulas y se miraba con desprecio a los que profesaban el *mal gusto*. Primero no se hablaba más que del arte griego. De pronto empezaron las gentes a estimar el arte chino, el arte azteca. ¡Y así a través de la historia! Ahora tenemos un campo enorme donde el gusto puede desplegarse a su antojo. Esto significa que el mundo se ha enriquecido, el gusto ha aumentado en vez de disminuir. En la actualidad te puede gustar tanto una obra de arte chino de hace dos mil años, como un cuadro de Picasso. Puedes disfrutarlo lo mismo, y además sientes que perteneces tanto al pueblo chino, como al azteca, al griego, y no estás limitado a las creaciones nacionalistas del señor Siqueiros que es un revolucionario institucional.

—Pero, tú no puedes negar que Siqueiros ame a México.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando, Elena. ¡No pienso que Siqueiros sea un héroe!

—¡Yo no te estoy diciendo que sea un héroe! Es un pintor...

—No creo que ningún gran pintor haya hecho *obras de arte* "en contra de"...

—¿Y consideras que Siqueiros ha pintado "en contra de"?

—Claro. ¿Que no has visto esos puños vengativos envueltos en piroxilina? Sólo se pueden entender las emociones artísticas por medio del amor. Goya nos hizo detestar la guerra, porque pintó el horror, pero sin comentarios. Veía el horror y nos lo presentó, eso es todo. Nos conmovió con el negro y el blanco de sus aguas fuertes, pero no con la expresión teatral de un rostro. ¡Fíjate, Elena! Nos hace sentir dolor y no rencor. Crea un clima de tragedia en cada una de sus obras, pero sin melodrama, sin esa cosa ramplona del pintor que todo te lo quiere explicar, y convencerte.

—¿Tú crees que los miembros del Taller de la Gráfica Popular, te quieren explicar todo y convencerte?

—Sí. Han caído repetidas veces en el melodrama y en lo ramplón. ¡A mí nunca me han convencido de nada! Tanto Benito Juárez y tanto Lázaro Cárdenas! ¡Tanto Zapata y tantos revolucionarios bigotudos! ¡Tantas madres implorantes y tantos fusiles! ¿A dónde nos lleva ese despliegue pseudopatriótico? Creo que todos los miembros del Taller de la Gráfica Popular son hombres de buena fe, pero no han dado pruebas ni de una gran capacidad creadora, ni de una gran inteligencia. ¡Son más bien los mineros de la pintura mexicana!



"la fotografía no está en mi camino"

—Pero, Juan, las injusticias que se cometen en México y la pobreza de los indios sí te indignan, ¿verdad?

—¡Claro que me indignan! Y tengo mis ideas al respecto. Algún día te hablaré de mis propósitos *socialistas*, pero no en esta entrevista. La lucha del capitalismo por sostenerse y del proletariado por llegar al poder es tan importante que el pintor, y el artista en general, viven bajo la continua amenaza de perder su libertad de creación. Se pinta bajo la imposición de los partidos y de los clientes. ¿Por qué no dejar a la gente que se exprese, y que viva? Esta es la única forma de que partes del individuo que son desconocidas salgan a flote. ¡Gracias a Dios que ahora me han clasificado como pintor abstraccionista! Porque si no, habría yo recibido pedidos para hacer carteles “en contra de”, retratos de López Mateos e imágenes de la revolución. Porque ¿sabes? Elena, muchos pintores han contribuido a la campaña de propaganda para las próximas elecciones.

—Juanito, hablas como un misántropo, como si pudieras vivir absolutamente solo, como si no quisieras participar en nada. ¿Que no crees en la humanidad?

—¡Ay, Elena! Picasso cree en la humanidad, en la belleza, en la tradición, y quizá es uno de los últimos grandes pintores que siguen los cánones de la belleza greco-romana. Y, sin embargo, Picasso no es servil, y no pinta *para ser útil*, o por encargo. Pintar es un acto libre. Pintar es también un acto universal...

—¿Tú crees, entonces, que los pintores mexicanos no tienen sentido de lo universal?

—Todos los hombres de esta época somos hombres especializados, y por lo tanto mutilados. Yo he visto y sé que la mayoría de los pintores mexicanos no han leído ni siquiera las obras maestras escritas en español, muchísimo menos las obras inglesas o francesas. Otros muchos jamás han visto un cuadro original de algún gran maestro de la pintura universal. Creo que para participar del mundo y para luego devolver como un eco esas sensaciones, se necesita estar capacitado para disfrutar de las grandes creaciones de la humanidad.

—Pero yo sé que hay muchos pintores que leen... Por lo menos leen libros de sociología. ¿De dónde crees que sacan los temas para los cuadros que pintan?

—Hay que vivir la vida y no escarbar datos estadísticos. En México, los pintores también se especializan. Un pintor, no sólo debe ser pintor, sino poeta, escritor, músico, cantante, bailarín, lo que tú quieras...

—Pero ¿no le temes a eso de que “el que mucho abarca poco aprieta”?

—No entiendes, entonces, lo que quiero decir. Para mí lo ideal es que el hombre se pueda expresar escribiendo, pintando, bailando y haciendo música. Un pintor tiene que *saberlo todo*, porque entre más sepa, su pintura será más rica y más valiosa.

—Y ¿qué piensas del público mexicano, de los espectadores?

—Ahora hay un afán por catalogar el cuadro antes de verlo, y luego, catalogar al pintor que lo hizo. La gente no piensa más que en inflar la obra de arte a la categoría de lujo, o de artículo *inmortal*. No se pone a admirar el cuadro por me-

ra satisfacción, o por que la obra le produce una emoción sencilla.

—Y ¿tú, estás satisfecho con lo que pintas, Juan? ¿Ya no haces apuntes del natural?

—Sí. Estoy satisfecho. En cuanto a los apuntes, el otro día Octavio Paz fue a Coyoacán, y me dijo que había visto una niña montada en bicicleta que rasgaba las altas bardas, rosas y azules, con los árboles más altos aún, y que la niña vestida de blanco, parecía volar, porque ni si-

quiera se veía la bicicleta. ¿Por qué no pintas eso? — me preguntó Octavio... El poeta Paz es como mi mamá, que me pedía: “¿Por qué no pintas a tu hermana el día que se casó?, tan bonita que se veía con su vestido blanco”...

—Y ¿por qué no pintas todo eso?

—Porque esa clase de pintura ya pertenece al cine y a la fotografía y no está en mi camino.

—Y ¿Siqueiros?

—¡Siqueiros es un espléndido cineasta!

M U S I C A

LA VIDA MUSICAL DE HOY.

Por Jesús BAL Y GAY

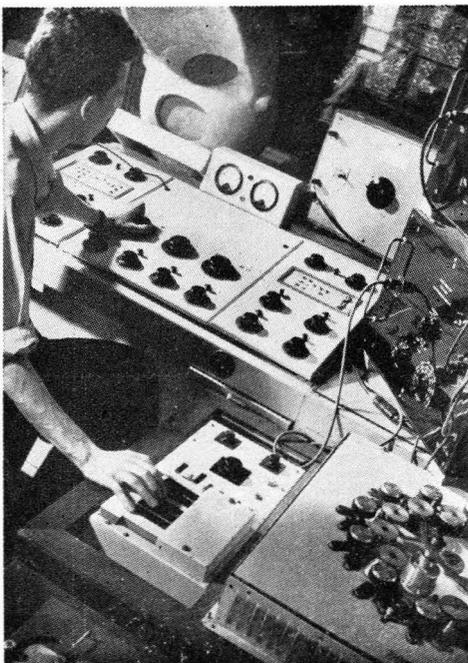
LA ACTIVIDAD MUSICAL en los dos hemisferios es hoy intensa como nunca. Se ve que el mundo sigue necesitando de la música. Quienes, hace ya bastantes años, profetizaron que los deportes y el cine —y después la radio— acabarían con los conciertos y la ópera parecían haberse equivocado. “Pronto —escribía Ortega y Gasset en 1921— el concierto público parecerá una penosa obligación, y el arte mélico volverá a recluirse en la intimidad de los privados apetitos”. La segunda parte de tal augurio pudo antojarse entonces absolutamente equivocada, ya que nadie, y menos los miembros de la inmensa clase media que llenaba las salas de conciertos, podría permitirse el lujo aristocrático y dieciochesco de tener en servicio doméstico músicos que satisficieran sus privados apetitos musicales. Pero hoy, con el auge y la perfección del disco, no sería imposible que la profecía orteguiana se hiciera realidad. Sin embargo, no ha sucedido así, y lejos de matar el concierto, el disco parece estarlo fomentando. El público, afortunadamente, atento por el disco a cuanto se toca y cómo se toca, parece buscar en el concierto la reiteración de las excelencias y bellezas que aquél le proporciona o, tal vez más exactamente, parece buscar no sólo eso, sino además —y ello tiene radi-

cal importancia—, esa experiencia única que es la audición directa de la música viva, en la que se establece una comunión entre su propia emoción y la del intérprete y en la que éste se siente asistido del calor cordial del oyente y no en el gélido aislamiento de un estudio de grabación. Así, pues, no hay duda de que sigue existiendo un público, quizá como nunca numeroso, que va a la ópera y al concierto dispuesto a deleitarse plenamente con la música y sin importarle ni las molestias que para ello tenga que sufrir, ni la invitación al doméstico retiro que constantemente le hacen los discos.

Tanto en América como en Europa parece que el número de las audiciones musicales ha ido en aumento. Hace años se limitaban éstas a las temporadas habituales de orquestas, virtuosos y ópera. Pero ahora todo eso se ve acrecentado con una sorprendente proliferación de festivales. Son muchos los países que, no contentos con sus tradicionales actividades operísticas y concertiles circunscritas a determinadas ciudades y, sobre todo a la capital, han instituido esas minúsculas temporadas llamadas *festivales*, en las que apretadamente se ofrecen conciertos sinfónicos, de música de cámara, recitales y representaciones de ópera en lugares geográficos o históricamente atractivos, para solaz de un público trashumante. Esos festivales han venido en su mayoría, a cegar el hiato que la temporada estival abre cada año en la vida musical del país. Gracias a ellos, veraneantes y turistas pueden seguir disfrutando de la música durante unos meses que antes eran de forzosa abstinencia musical. Y, por otra parte, gracias a ellos también, el buen melómano sedentario, falto de música en su ciudad y atraído por la que le brindan esos festivales, acabará convirtiéndose en turista o veraneante y conociendo así lugares que, de otro modo habrían permanecido fuera de su experiencia.

Solamente en Europa, y entre los meses de mayo y octubre del año pasado, hubo no menos de diecinueve festivales de música, muchos de ellos sumamente importantes. En los Estados Unidos también se celebraron algunos. Y en el resto del Continente hay que mencionar como de máxima resonancia los de Caracas y Puerto Rico.

Otro rasgo de la vida musical de hoy es la abundancia de buenos cantantes e instrumentistas que salen, sorprendente-



“el aislamiento de un estudio de grabación”